El violador de la carretera

Nerea N

Capítulo 1

De cirujana a proxeneta

Anabel era médico en Cuba. Había terminado la especialidad de cirugía, pero su salario no le alcanzaba ni para vivir una semana.

Años atrás, le había llegado un paciente al borde de la muerte un chico que llegó en una condición tan grave, que nadie pensó que duraría más de una o dos horas. Ella le operó y le salvó la vida. Quedó tan agradecido que se mantuvo en contacto con ella durante más de dos años, haciéndole regalos que consistían en botellas de champú, jabones, aceite para cocinar, y alimentos, lo cual le permitía llegar a final de mes.

Cuando la confianza creció entre ellos, llegó a confesarle que era un proxeneta, que controlaba una de las áreas más importantes de La Habana.

Semanas después, la doctora Anabel, controlaba el trabajo de cuatro prostitutas, que el chico le había cedido. Eran muchachas, allí llamadas "jineteras", que se dedicaban a acostarse con turistas extranjeros. Nunca quiso cobrarle ninguna comisión, de modo que el dinero que ganaban era para las chicas y para ellas. Él siempre sintió que le debía la vida.

Ella solo organizaba el trabajo. Tenía 32 años. Nunca se tuvo que acostar con nadie. Además, con esa edad, ya poco se podría hacer. Los hombres las querían más jóvenes.

Las chicas no se prostituían para comprar artículos de lujo, ni mucho menos drogas. Eran chicas limpias, sanas, cultas, algunas con estudios universitarios, que como tantas otras habían tenido que acudir a aquel medio de vida para poder comer, vestirse y mantener a sus familias. Los salarios que pagaba el estado cubano, tan excesivamente bajos, que rayaban con la ridiculez, no sobrepasaban los veinte dólares al mes, ni siquiera los de los profesionales.

Capítulo 2

Violación

Anabel finalmente había comprobado que lo que al principio parecía un rumor o un bulo, era cierto. Al día siguiente quedó con dos de las chicas en su apartamento.

—Tenemos un problema muy gordo —dijo la jefa—. Anoche violaron a una de las chicas. Es nueva.

— ¡Qué! —dijeron las otras dos, casi al unísono.

—Está en mi cuarto. Quiero que ella misma nos cuente lo que pasó. Ella no quiso denunciar el caso. Lógicamente está muy afectada, pero yo le he pedido que les cuente todo. Después de lo que le pasó, Antonio, el taxista, el que me hace los viajes, me llamó y la trajo para acá en su taxi.

Anabel se puso de pie y fue hacia el dormitorio. Cuando salió con la chica, se las presentó. Se llamaba Yuleisy. Había comenzado a trabajar con ella, unos días atrás.

—Cuéntanos cariño, ¿cómo fue todo? Sé que es duro, pero mientras más detalles nos des, mayores serán las probabilidades de cogerlo.

Todavía con gran dificultad, Yuleisy empezó a hablar.

—Yo había quedado contigo en ir al hotel Tritón. Allí me estaría esperando el cliente, según habíamos acordado nosotras. Tu chófer pasó a recogerme. Eran casi las ocho y ya estaba oscuro. Cuando íbamos por la carretera que sigue hasta Santa Fe, él paró y me dijo que se había pinchado una goma del coche. Antonio me dijo que así no podíamos seguir, porque la goma de repuesto estaba pinchada también. Me bajé y él empujó el coche a la orilla de la carretera. Era un lugar muy apartado. No pasaba ni un camión, ni una moto, nada. Me dijo que le parecía haber visto una "Ponchera" por allí, en otros viajes que había hecho. Que lo esperara en el coche, mientras trataba de buscar la manera de resolver el asunto.

Cruzó la carretera y se alejó hasta un lugar, a lo lejos, donde se veía una luz. Debió ser la casa del hombre que arreglaba las gomas o un lugar donde preguntar o buscar ayuda. Antonio desapareció. El radio del coche estaba puesto. De pronto un hombre salió de la nada, abrió la puerta y se metió dentro. Me tapó la boca con la mano, mientras me decía que si gritaba me mataba. Me dijo que llevaba un cuchillo, pero no lo vi.

— ¿Y no pudiste verle la cara? —preguntó Olivia.

—Para nada. Llevaba un pasamontaña y todo fue muy rápido. Con gran rapidez empujó al asiento y se colocó encima de mí. Me rajó la parte de arriba del vestido, para sacarme las tetas. En un abrir y cerrar de ojos me lo había subido hasta la cintura. Cuando lo hizo intenté gritar, pero me puso su mano en el cuello y me dijo que me estrangularía allí mismo si lo intentaba.

Se bajó el pantalón, mientras yo forcejeaba, tratando de levantarme, pero no hay demasiado espacio en el asiento trasero de un coche, aunque sea americano. Yo cerré las piernas con fuerza, pero me puso las manos en las rodillas y con un tirón logró abrírmelas. Me volvió a apretar el cuello y me dijo que no me moviera. Entonces me bajó el tanga, solo me lo sacó por una pierna, pero era suficiente, ya me tenía a su alcance. Me puso los brazos por debajo de los muslos, para mantenerlos bien abiertos. Intenté girarme para ver si podía salir de aquella posición, pero fue en vano. Traté de apoyar los codos en el asiento, para hacer presión y quitármelo de arriba, pero en ese momento sentí que, a pesar del forcejeo, había logrado someterme, y en menos de un segundo ya me había penetrado. Entonces dejé de luchar y me tapé la cara. Había perdido.

Estuvo metiéndomela y sacándomela un rato. Su lengua asquerosa me lamía las tetas. Por un momento me la sacó y me obligó a abrir los ojos y en la penumbra del carro me la enseñó, antes de volver a metérmela. Me dijo que me la pondría en la boca, para que se la chupara y le dije que, si lo hacía, aunque me matara allí mismo, le iba a trocear el miembro con mis dientes. En ese momento milagrosamente pude estirar la mano izquierda y encender la luz del coche. Fue cuando pude ver que estaba rasurado y tenía un tatuaje en la ingle, que ponía "Para todas las putas" y una flecha señalando hacia abajo. El tipo cogió miedo cuando le dije que se la iba a picar con los dientes. Él no alcanzaba al botón de la luz, pero como tenía la cara cubierta no le importó, de hecho, creo que lo excitó más, porque cuando me la volvió a meter se corrió enseguida. Entonces se quitó de encima. Salió del coche y echó a correr hacia los matorrales. Me quedé temblando y llorando, echa un ovillo, encogida en aquel asiento. Solo sé que cuando me estaba subiendo el tanga sentí que tenía los mulos embarrados de leche. No tengo ni idea de cuánto tiempo pasó. Cuando llegó Antonio y me encontró así, quería llevarme a la policía para denunciar la violación, pero yo no quise. Mis padres se hubieran enterado y este trabajo se hubiera ido a la mierda y me hace falta el dinero. Entonces él te llamó y me trajo para acá. Creo que cargaba una goma de coche, que había llevado con él. Después no me acuerdo de nada más.

Me he duchado más de 10 veces desde anoche. ¿Te imaginas si ese

cabrón me dejó embarazada?

—No preciosa —dijo Anabel, mientras la abrazaba contra su pecho —el anticonceptivo que llevas dentro no lo permitirá. Es un anticonceptivo muy potente.

— ¿Y si me ha pegado una enfermedad?

—Confiemos que no, pero de todas formas te haremos una analítica.

Capítulo 3

A la caza del violador

Anabel continuó hablando.

—Chicas, he oído que por esa zona han violado varias muchachas que trabajan haciendo lo mismo que ustedes. El violador se aprovecha porque la mayoría no quiere denunciar. Como todas sabemos, la prostitución es ilegal en nuestro país. Aunque no lo sepan, hace rato que estoy pendiente de este asunto y yo lo voy a coger. Creo estar segura de que se trata de una misma persona.

— ¿Qué dices? —dijo una de las muchachas.—Lo que has oído. Y necesitaré vuestra ayuda. Bueno, la de Yulesy no, por supuesto. Sería absurdo pedirle más en estas circunstancias — dijo acariciándole la cara— ¿Están de acuerdo? Sé la envergadura del favor que les estoy pidiendo, y por supuesto, no tienen por qué aceptar, pero mañana podrían ser ustedes. Mi propuesta es ponerme yo como cebo. No soy tan joven, pero creo que todavía me veo muy bien —dijo, intentado sonreír—. Olivia, ¿sabes luchar contra un hombre armado con un cuchillo o un machete? Te estoy preguntando y todavía no sé ni si querrás ayudarme, pero sé que estudiaste artes marciales.

—Claro que te ayudaré —respondió con firmeza—. Y en respuesta a tu pregunta, sí sé luchar contra un hombre armado, y con dos también.

—Y yo— dijo también dijo Susana —que era el nombre de la otra chica—. No sé kárate, pero seguramente habrá algo más que pueda hacer. Así que apúntame al equipo de ayuda.

—Yo sé exactamente el punto donde se pinchó el neumático del coche y he preparado un plan A. Ojalá funcione, pero si no lo hace, tendremos que pasar al plan B. Carla, otra de mis chicas conducirá el coche. Esta noche vamos a por él.

Y les expuso todos los detalles.

Capítulo 4

Cambio de planes

Comenzaba a anochecer. Anabel llamó a su chófer y le pidió que la llevara por la zona donde violaron a Yulesy. Carla iba siguiéndolos discretamente en uno de los coches, con Olivia y Susana.Pasaron varias veces por el mismo lugar. Anabel le pedía a Antonio que parara, se alejara y la dejara sola en el coche. Nada sucedía.

Repitieron la operación durante tres noches seguidas, pero todo fue en vano.

Anabel y sus chicas habían acudido al lugar y dado vueltas por los alrededores, en combinación con Antonio, pero nada había ocurrido. Tampoco se habían escuchado noticias de nuevas violaciones.

Ante esta situación, la jefa anunció la ejecución del plan B. Ahora habría cambios importantes. En primer lugar, no se le diría nada al chofer. Se le haría creer que, ante tantas tentativas, todas en vano, habían desistido del plan. En segundo lugar, Olivia sería el cebo. Todo se coordinó milimétricamente. Era miércoles por la tarde. Anabel lo llamó y le dijo:

—Antonio, necesito que pasado mañana viernes, al anochecer me lleves una chica al hotel Neptuno. Tienes que recogerla en Santa Fe, en el apartamento que tengo alquilado allí desde hace tiempo. Por favor, lleva goma de repuesto y no pares si alguien intenta detenerte, que vas a llevar una chica preciosa, en otro contexto sería una modelo. Esta chica, que es un caramelito, va a visitar un cliente muy especial que ha pagado una fortuna por ella. Le ha comprado su virginidad ¿Me entiendes? Estas cosas te las comento porque eres mi hombre de confianza.

El chofer estuvo de acuerdo con todo. El viernes, cuando se apagaban las últimas luces del atardecer y la noche comenzaba a cubrir con su manto la playa de Santa Fe, Antonio recogió a Olivia en el lugar acordado. Cuando la vio quedó deslumbrado por su belleza. Aquella chica era como un caramelo, una deliciosa gominola, digna de ser saboreada hasta el final.

La parte peligrosa de la carretera tenía una extensión de 5 kilómetros. Sin embargo, el único punto donde alguien se podía esconder era exactamente donde habían violado a Yuleisy. Difícilmente alguien se atrevería en otra parte, por la exposición visual al resto de coches que circulaban en ambos sentidos, y aunque a aquella hora eran pocos, nunca se sabía cuándo podía aparecer alguno. Incluso coches de la patrulla de la policía podrían pasar.

Capítulo 5

Cirugía en el asiento trasero del coche

Anabel y Susana iban en el asiento trasero de un coche ruso que habían alquilado, mientras Carla conducía.

La doctora llevaba un pequeño maletín, pero no quiso dar explicaciones al respecto. Metieron el pequeño Lada detrás de unos árboles, en uno de los tres caminos que salían a la carretera. Desde allí se veían a lo lejos las luces de la casa del ponchero, que estaba del otro lado. Afortunadamente no había nadie. Salieron del coche y se escondieron lo mejor que pudieron.

El viejo Chevrolet del año 1955, que parecía acabado de sacar del concesionario se acercaba al lugar, con Olivia dentro. Paró a menos de 10 metros de donde estaban escondidas. Antonio apagó el coche y sacó las llaves.

— ¿Qué pasa? —preguntó Olivia.

— Voy a revisar, pero creo que nos hemos ponchado y no tengo goma de repuesto. Tú espérame adentro. No salgas de ahí —dijo el chófer saliendo del coche, marcando un número en su móvil.

Olivia salió en cuanto vio que se alejaba. Sus tres compañeras estaban muy cerca de ella. Sintió vibrar su móvil. Era Anabel: — "No temas, estamos tan cerca de ti que podemos oírte"—. Era un SMS. Ella respiró aliviada, con la espalda pegada al coche y su bolso en la mano, en aquella oscura carretera.

De pronto, de la nada, salió un hombre con la cara cubierta por un pasamontaña. Estaba a tres metros de Olivia.

—Entra al coche —le gritó. Ella no se movió.

Él intentó saltar sobre ella, pero lo esquivó y el hombre chocó contra la puerta. Entonces él sacó un cuchillo.

Anabel y Carla querían salir a ayudarla, pero Susana les dijo muy bajito:

—Si queremos coger a ese hijo de puta y darle su merecido, tenemos que esperar. Confíen en ella. Yo la vi luchar contra dos hombres y los abatió en menos de dos minutos.

El violador atacó a Olivia con el cuchillo, pero ella lo esquivó. Aprovechando la falta de equilibrio de aquel mal nacido, le golpeó con el

empeine del pie en el rostro. El arma cayó a la carretera. Mientras se reponía del golpe, ella sacó los nunchakus que llevaba en el bolso y tomando uno en cada mano, los blandió en el aire con gran maestría. La efectividad en el golpe estaría dada por la velocidad y la precisión. Justo cuando él intentó recoger el cuchillo ella los lanzó y le golpeó ambas manos. El malhechor se retorció gritando de dolor. En aquel momento, Olivia nuevamente barrió el aire con su pierna arqueada y le pegó en el mentón. Allí cayó a la tierra. Había quedado inconsciente.

—Chicas, ya pueden salir. Lo tengo —dijo ella con el pie derecho en su cuello, sobre el asfalto y los nunchakos en las manos, listos para atacar nuevamente si reaccionaba.

Entre las cuatro lo metieron en el espacioso asiento del coche. Antonio no aparecía por ninguna parte. Carla y Susana, de espaldas al parabrisas en el asiento delantero y Anabel y Olivia en el asiento de atrás, encima de él, le tenía inmovilizado el cuello.

Entonces, la cirujana abrió el pequeño maletín. Inmediatamente le bajaron el pantalón, y allí estaba aquel tatuaje, en medio de la ingle rasurada: "Para todas las putas". Laura sacó un spray de perfume y se lo roció en la cara. Al instante volvió en sí.

—Déjenme salir —dijo temblando— no les voy a hacer daño.

— ¡Cállate hijo de puta! —dijo Anabel— somos nosotras las que te vamos a hacer daño a ti. Y te aseguro que será peor que lo que le hiciste a la chica que violaste la semana pasada.

Olivia, sácale todas las fotos que puedas, sobre todo que se vea bien la cara.

Le quitaron el pasamontaña. Era un hombre de unos 30 años. No lo conocían.

—Anabel le bajó del todo los pantalones y le quitó los calzoncillos. Le abrió bien las piernas. Se había puesto los guantes.

— ¡Déjenme! ¿Están locas? —gritó él —. No me hagan nada. Yo lo cuento todo. Es Antonio. Él me dice a qué hora va a pasar, y hace como si el coche estuviera pinchado. El chico temblaba. Entonces yo vengo y estoy con la chica. Después él aparece, como si no supiera nada. Le pago una gran cantidad por eso.

Todas se miraron asombradas. Se habían quedado heladas. En aquel instante Anabel vio confirmada su sospecha.

—¿A cuántas has violado? —preguntó.

—A cinco, pero les juro que no lo haré más.

—De eso puedes estar seguro —le dijo la jefa.

Anabel abrió el maletín y sacó un frasco pequeño de cloroformo, empapó un pañuelo, y le apretó con él, fuertemente la nariz y la boca. Enseguida perdió el conocimiento.

Se acomodó de frente, y con la ayuda de la otra chica le colocó una toalla debajo del culo.

—Si alguna de las tres, le tiene miedo a la sangre, puede salir. Voy a hacer una cirugía rápida.

Ninguna se movió de su lugar.

No se merece que le inyecte anestesia en los huevos, pero necesito que pueda caminar cuando termine. Ya le dolerá cuando se le pase. Sacó 8 centímetros cúbicos de una ampolla de Lidocaína, un anestésico local, y le inyectó la zona. Anabel esperó un minuto. Levantó el pene, y con el bisturí hizo un pequeño corte en el escroto, justo debajo del miembro. El chico se movió, pero ella le volvió a tapar la nariz con la sustancia que lo mantenía inconsciente.

Metió los dedos por dentro de la bolsa escrotal, cogió una pinza Kocher y sacó ambos testículos. Después terminó de cortar los tejidos que los sujetaban, por la parte interior. Presionó firmemente, para contener la sangre. Dos minutos después, al ver que seguía sangrando, sacó del maletín el electrocoagulador portátil y con la ayuda de una potente linterna que Carla le sujetaba, logró cauterizar los vasos sangrantes. El olor a carne quemada se sintió con fuerza dentro del coche. Era normal. Después le dio 8 puntos de sutura, y cerró la herida. Limpiaron bien los escasos restos de sangre que habían caído fuera de la toalla.

Sacó un pequeño frasco con formol, metió dentro los dos testículos y lo cerró. Solo habían transcurrido 20 minutos. Después le puso un vendaje de compresión, el cual fijó con varias tiras de esparadrapo y le subió el pantalón y el calzoncillo.

Entonces esperó a que se despertara. Cuando comprobó que había recobrado la consciencia, se acercó a su oído y le dijo:

—Te iba a cortar la pinga y llevársela a mi perro, pero cuido mucho de su dieta y no me gusta darle mierda. Dudo que alguna vez se te vuelva a

parar, pero si eso pasara, si intentas algún día violar a otra mujer, iré a por ti y te mataré. ¿Ha quedado claro? Y llévate este frasco. Ahí dentro hay algo que te pertenecía —dijo, poniéndoselo entre las manos.

Las chicas desaparecieron de su vista y se fueron al Lada, que habían dejado escondido, en los matorrales, junto a uno de los senderos que conducía a la carretera. Desde dentro miraron como con gran trabajo, el hombre lograba arrastrarse y poco a poco se levantó a paso lento y encorvado, pero todavía con el afecto de la anestesia local, y desapareció de sus ojos, dando tumbos, en medio de la oscuridad de la noche. Después se dieron cuenta de que se dirigía hacia la casa que estaba a lo lejos, donde se veía una luz.

Un rato después Antonio se acercó al coche y se asomó a su interior. Sintió un extraño olor. Al no ver a nadie, dio un puñetazo en el techo. Abrió la puerta, arrancó el motor y se marchó.

Desde su rincón vieron como el chofer se alejaba en el Chevrolet. Poco después se fueron ellas. Estaban muy asustadas, pero había valido la pena. No todos los días se le podían cortar los huevos a un violador.

Fin